

NOTAS SOBRE EL ETNOCIDIO*

Lucy Mair.

Es una palabra acuñada recientemente por analogía con la de invención menos reciente, *genocidio*. Esta última ha tenido un significado muy preciso: la destrucción deliberada de la raza judía, tarea que emprendiera Hitler en los territorios dominados. En la Convención de las Naciones Unidas, el genocidio fue calificado de crimen digno de castigo. Sin embargo, algunas veces ha servido el levantar acusaciones de etnocidio en las Naciones Unidas, para ganar posiciones políticas, con lo que el término ha perdido valor. Fue muy usado en la guerra civil de Nigeria, cuando los biafranos lo empleaban en contra de sus enemigos. A pesar de ello, podría haber sido más correctamente aplicado al caso de los Tuareg, en donde se ha exterminado deliberadamente a los hombres, dejándolos morir de inanición, en tanto que las mujeres y los niños han sido absorbidos por la población mayoritaria de los estados africanos.

Etnocidio, no obstante, ha sido un término mucho más ambiguo desde que empezó a usarse, fundamentalmente porque los que lo han utilizado para condenar un tipo de destrucción, no han tenido claridad respecto a qué era lo que estaban condenando. A diferencia del francés, en inglés la palabra *etnia* (*etnnie*) no existe; un grupo étnico puede aplicarse a una población con un lenguaje común, a veces también a una cultura común y a la creencia de tener un mismo origen. A falta de un término más específico, en inglés han echado mano, en este sentido, de los vocablos "tribu" y "nación", pero ambas palabras tienen usualmente un sentido distinto. *Etnia*, en cambio, significa específicamente una población

* A propósito de esta discusión, aparecerá próximamente la obra: *El etnocidio en América* de Jaulin y otros autores, editorial Siglo XIX.

que posee una cultura y demás símbolos que la diferencian de sus vecinos. Etnocentrismo sería, en consecuencia, la actitud de aquellos que consideran que los valores y la conducta diferente de la suya propia son erróneos, por el solo hecho de ser diferentes.

Entonces, ¿a qué destrucción se refiere el etnocidio? Quienes han empleado este término, lo han hecho indistintamente para dos tipos de víctimas: la población y la cultura. El término se ha vuelto usual recientemente, a partir de la invasión del hábitat de pueblos que poseen una tecnología primitiva por grupos con una tecnología avanzada, como es el caso de los pobladores de las selvas más remotas de América Latina. Algunos de estos pueblos han sido tratados con una crueldad o con una negligencia aterradoras. Algunos grupos han sido asesinados por los colonos de las zonas boscosas. Una tribu fue exterminada con premeditación por una epidemia de sarampión. Según la descripción que hace Christopher Hampton, en su obra "Salvajes", los últimos sobrevivientes de otro grupo fueron llevados a Brasilia en un avión de carga sin acondicionamiento de oxígeno en la cabina, y ninguno sobrevivió a este último viaje.

Hechos similares ocurrieron en siglos pasados, al penetrar los pioneros y colonos occidentales en el territorio de pueblos atrasados. En África del Sur cazaban a los bosquimanos igual que a los animales salvajes. Toda la población aborigen de Tansmania fue exterminada, como lo fueron algunas de las tribus de la América del Norte. En Australia se dejaba carne envenenada para que la comiera la población aborigen, igual que a las ratas.

Estos hechos podrían inducirnos a cuestionar la superioridad de la *civilización* sobre el *barbarismo*. Se puede aducir, sin embargo, que ya en aquella época se alzaban voces de protesta en contra de tales atrocidades, y que uno de los motivos, aun cuando secundario, para extender el dominio europeo, era la creencia de que un gobierno organizado frenaría los peores excesos que cometían los pioneros individuales, cosa que resultó cierta en algunas ocasiones.

Cuando una población es exterminada, ya sea por negligencia, ya sea deliberadamente, todo termina; su vida colectiva desaparece con la vida individual de los integrantes del grupo. Lo que nos indigna, o, por lo menos, debería indignarnos, es el número de víctimas, y quizá las personas con mayor sensibilidad se conmuevan al pensar en la agonía que habrán experimentado los últimos sobrevivientes de los grupos exterminados. Cualquier ente pensan-

te no vacilaría en condenar el etnocidio en este sentido, o en hacer todo lo que estuviera a su alcance para evitarlo.

Pero el término también se ha usado con significación mucho más equívoca. Un grupo étnico es aquel cuyos miembros tienen, o pretenden tener, una cultura común. En realidad, esta comunidad cultural no es siempre cierta, aun cuando sí lo es para los grupos recolectores que han inspirado muchas de las recientes discusiones sobre etnocidio. Algunas veces se habla de etnocidio cuando sin duda alguna se da a entender que un grupo ha abandonado su cultura tradicional, pero el grupo sigue viviendo y reproduciéndose a través de generaciones, e inclusive de varios siglos; de hecho, esta es la historia de la mayor parte de los pueblos del mundo; todos fuimos recolectores en alguna ocasión.

Robert Jaulin * en su reciente obra parece implicar que la historia universal es la historia de una perpetua decadencia, así como lo ha expresado Lévi Strauss, en sus "Tristes Tropiques". ¿Acaso esa civilización que Jaulin denomina enfermedad infecciosa, tuvo su origen en algún momento cercano a la revolución neolítica de la que nos hablan los arqueólogos? Trataré más adelante de esta cuestión; por el momento, deseo preguntar si una palabra que significa "asesinato" (dar muerte) y que ha sido deliberadamente elegida, por ello, puede ser apropiada para referirse a un proceso de cambio cultural. ¿Quiénes ven un "asesinato" en el hecho de que un grupo de pastores se establezcan en un lugar y aprendan a cultivar la tierra en la que pueden vivir sedentariamente? Muchos pueblos han atravesado por este proceso; si no fuera así, la historia de Europa no sería la que ha sido. Por supuesto, es necesario que el medio en donde se sedentariza el grupo, ofrezca la posibilidad de tener pastura todo el año para el ganado; forzar a grupos nómadas a volverse sedentarios sin contar con las condiciones adecuadas, sería, en verdad, etnocidio.

Para referirnos a eventos más actuales, podemos considerar el caso de los esquimales, que ahora usan trineos motorizados para viajar en la nieve con mayor velocidad y comodidad que cuando lo hacían en trineos tirados por perros. Son los extranjeros, no los esquimales, los que se lamentan de la destrucción de su *cultura*. Esta es exactamente la actitud que ha sido atribuida a los antropólogos casi desde que se constituyó como tema de estudio; nosotros deseamos mantener a los grupos exóticos en "zoológicos humanos" por el placer estético de observarlos. *El apartheid* de Africa

* Rain, número 3.

del Sur ha sido descrito en la misma forma: sistema para evitar que los pueblos africanos tengan acceso a una cultura que ellos mismos desean.

También es cierto que cada día estamos más conscientes del hecho alarmante de que el dominio que ha adquirido el hombre sobre la naturaleza ha llevado a una absurda destrucción de los recursos mundiales y cuyas consecuencias deberemos sufrir. En el mundo relativamente limitado de los esquimales, la movilidad que han adquirido, por la utilización de los trineos motorizados, les ha permitido realizar una pesca tan intensiva que amenaza con exterminar la base de su subsistencia. Pero ¿acaso este hecho autoriza a alguien, fuera de los esquimales mismos, para prohibirles el uso de un instrumento técnico, que siendo tan poco previsores como el resto de nosotros, han decidido usar? ¿No sería ésta una decisión paternalista y aun colonialista? ¿Cómo podría implantarse tal decisión? ¿Debería prohibirse a los productores de trineos motorizados que los vendiesen? ¿Y esa restricción, aun cuando fuera en nombre de la preservación de los recursos naturales, no sería como decirles a los esquimales: "la fiesta ha terminado, y a ustedes ni siquiera les toca un bocadillo?" A través de algunas generaciones, los antropólogos han considerado que deben combatir el etnocentrismo, tal como lo he definido anteriormente: para demostrar que la visión del mundo y las instituciones que son diferentes de las de la sociedad industrial no representan una especie de "fracaso"; sino, al contrario, han sido la mejor manera de adaptarse a un medio hostil, y siempre son merecedoras de que se realice el esfuerzo de interpretarlas a través del significado que tienen las personas que viven en esas culturas. Pero no debemos sentirnos obligados, según creo, a sostener que la vida de una comunidad de cazadores o recolectores es *mejor* que la nuestra; y, mucho menos, que un regreso a esas formas de vida pueda significar una solución para los problemas del presente siglo.

Quisiera concluir preguntando si la civilización puede realmente considerarse como una enfermedad que ha infectado al universo sin traer ningún beneficio para nadie. Aunque así fuera, sería bastante improbable que se pudiese mantener aislados a los pocos grupos humanos que quedan todavía fuera de su contacto; pero dejaremos esta cuestión aparte. En realidad, es tiempo de preguntarnos si la civilización no tiene valor alguno, y si a pesar de que ahora se encuentra amenazada por la destrucción, hubiera sido mejor que la capacidad de inventiva que distingue al hombre

de otros animales, nunca se hubiera desarrollado. Las culturas recolectoras que aún pueden ser observadas significan una superación respecto a las formas de vida de los primeros habitantes de cuevas y productores de instrumentos. ¿Por qué, entonces, no deberíamos de regresar a este primer estadio? Los habitantes de las cuevas deben haber empezado a destruir el medio tan pronto como descubrieron el fuego; de tal manera, que quizá deberíamos lamentar la aparición del HOMO SAPIENS.

El punto crucial en donde el avance de la civilización ha llegado a ser peligroso no se sitúa en los últimos treinta o cuarenta años, cuando se han empezado a consumir los recursos a un ritmo más rápido que nunca antes, y cuando se han usado sustancias químicas que han contaminado la atmósfera; ni siquiera se sitúa cuando los pueblos europeos empezaron a conquistar otros continentes, o cuando los romanos expandieron su dominio a través del Mediterráneo; o antes, en época de los griegos; sino que pareciera ser el momento en que la agricultura se hizo posible con la consecuencia colateral del desarrollo urbano y la invención de la escritura. Con anterioridad al crecimiento de las ciudades había diferencias considerables en riqueza y poder. Los beneficios que produjo la nueva sociedad agrícola ciertamente no fueron distribuidos equitativamente.

¿Acaso esto quiere decir que no tuvieron ningún valor? Yo pienso que no, y mi argumento más fuerte es que desde que han existido estas desigualdades en la sociedad, han existido también hombres que han reflexionado sobre ellas, que se han preguntado qué es lo que legitima la autoridad o el derecho a disponer de bienes en abundancia; y las respuestas que se han dado no han sido únicamente en interés propio. Tan antiguos como los primeros testimonios escritos, el hombre se ha preocupado con el problema de la *ética*, la bondad y la justicia, y por la manera de alcanzar estos valores. Y algunos han prestado atención a los grupos sociales más desafortunados, tratando de aliviar sus carencias.

Estas actitudes críticas no aparecen entre grupos recolectores o entre pastores nómadas. La respuesta está, indudablemente, en que no las necesitan. La siguiente pregunta que debemos hacernos, es que si las injusticias que ha traído consigo el avance tecnológico, invalidan completamente los beneficios que haya podido reportar. Aquí la respuesta depende de la opinión de cada quien. Es factible sostener que un beneficio que no se distribuye equitativamente en la sociedad, no tiene valor alguno. Sin embargo, esta

no sería mi respuesta; yo diría más bien que cualquier elemento que permita enriquecer la vida y que no haya representado una pérdida mayor para aquellos que no lo disfrutaban, es un adelanto; aun cuando concedo que es un criterio ambiguo, y que personas distintas darían diferentes respuestas.

Después preguntaría yo cuáles han sido estos beneficios. Como puede ser apreciado a través del estudio de la religión y de la vida ritual, el primer adelanto al que se da valor general es el haber extendido la duración de la vida humana, como consecuencia de los conocimientos de medicina. Por lo demás, tenemos los instrumentos que reducen el esfuerzo humano para trasladarse de un lugar a otro; una prueba de que a la gente le disgusta el excesivo esfuerzo físico puede ser el abandono de la agricultura para emigrar a las ciudades (fenómeno generalizado actualmente en países en proceso de desarrollo). En el transcurso de los siglos, grandes grupos humanos han gozado de estos beneficios; aun los campesinos más aislados usan, hoy en día, cacerolas y sartenes que duran más que los que acostumbraban fabricar de barro; y los indios (de la India) que tienen la posibilidad, utilizan la luz eléctrica, que tanto disgustara a Lévi Strauss en Lahore. Ciertamente, estos artefactos son menos satisfactorios para el conocedor sofisticado que los productos artesanales; ¿pero debe ser esta la consideración principal?

Quienes valoran los productos de la mente humana que para las mayorías son indiferentes, constituyen sin duda una élite. Sin embargo, también hay pueblos cuya vida ha sido enriquecida a través de la observación, y a veces inclusive con la participación de la inventiva y del rigor del pensamiento, de la investigación científica, de la disciplina académica y de la creación literaria y artística. ¿Cómo podría el mismo Lévi Strauss, gran crítico de la civilización, haber desarrollado su teoría del mito como un código, sin los siglos de tradición científica y académica que le precedieron?

Quizá la humanidad está llegando a su fin. Cuando esto sea, no habrá ya nadie a quien preguntarle si el mundo hubiera sido mejor sin Homero, ni Botticelli, ni Mozart, ni el Taj Mahal, ni Jackson Pollok. Pero tampoco habrá nadie que pueda preguntar si hubiera sido mejor que la imaginación humana se hubiese limitado a las pinturas rupestres o a los cantos zulúes de alabanzas.